

Revista *Distribución y Consumo*, nº 184. La mujer en la cadena alimentaria: contribuciones, desigualdades y retos de futuro



Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/vpwajq93>

En el marco de la feria de la Agricultura y Alimentación, SAGRIS, en el IFEMA, Cajamar aprovechó para presentar su (entonces) último estudio, esta vez sobre el empleo en el sistema agroalimentario.

El número monográfico de la revista *Distribución y Consumo* dedicado al papel de la mujer en la cadena alimentaria constituye una aportación a mi juicio interesante para comprender la complejidad de las relaciones de género en uno de los sistemas económicos y sociales más estratégicos. A lo largo de sus distintos artículos, el monográfico ofrece una visión que abarca la producción primaria, la industria, la distribución, el consumo y el ámbito doméstico, poniendo de relieve tanto la centralidad del trabajo femenino como las persistentes desigualdades que lo atraviesan.

El monográfico se abre con un capítulo de carácter introductorio y analítico que sitúa a las mujeres dentro del sistema alimentario en su conjunto. A partir de datos estadísticos y fuentes institucionales, se muestra que la participación femenina es transversal a todas las fases de la cadena, pero profundamente desigual. En el sector primario, las mujeres representan una proporción reducida de titulares de explotaciones, aunque su contribución laboral real sea mucho mayor de lo que reflejan las estadísticas oficiales. En la industria alimentaria y la distribución, su presencia aumenta, pero se concentra en determinados segmentos y niveles jerárquicos. Este capítulo establece el marco general del monográfico: la desigualdad de género no es un fenómeno marginal, sino estructural, y condiciona tanto la eficiencia económica como la sostenibilidad social del sistema alimentario.

El segundo capítulo adopta una perspectiva histórica para analizar cómo el trabajo de las mujeres ha sido sistemáticamente invisibilizado en los relatos tradicionales sobre la economía alimentaria. Desde la agricultura familiar y la transformación artesanal hasta la venta en mercados locales y el abastecimiento doméstico, las mujeres han desempeñado funciones esenciales que rara vez han sido reconocidas como trabajo productivo. Este recorrido histórico permite comprender el origen de muchas de las desigualdades actuales y subraya la necesidad de revisar los marcos conceptuales con los que se analiza la cadena alimentaria, incorporando una

mirada que reconozca plenamente el valor económico y social del trabajo femenino.

Uno de los capítulos centrales del monográfico se dedica al análisis de las principales barreras estructurales que enfrentan las mujeres en la cadena alimentaria. Entre ellas destacan las dificultades de acceso a la tierra, al crédito y a la formación; la menor presencia en órganos de decisión de cooperativas y empresas; la brecha salarial; y los problemas de conciliación entre vida laboral y familiar. El capítulo no se limita a describir estas barreras, sino que propone estrategias para superarlas, poniendo el acento en la integración del enfoque de género en las políticas públicas, en la promoción del liderazgo femenino y en la necesidad de transformar las culturas organizativas del sector agroalimentario.

El monográfico dedica un capítulo específico al papel de las mujeres rurales, reconociendo su función clave en la sostenibilidad económica, social y ambiental de los territorios. Las mujeres aparecen como agentes fundamentales en la diversificación de actividades, la innovación social, la conservación de saberes locales y la fijación de población en el medio rural. Sin embargo, el capítulo también pone de relieve que las desigualdades de género se ven agravadas en estos contextos por la falta de servicios, infraestructuras y oportunidades laborales, lo que refuerza los procesos de despoblación y envejecimiento. Desde esta perspectiva, la igualdad de género se presenta como una condición indispensable para el desarrollo rural sostenible.

Otro de los bloques del monográfico analiza la situación de las mujeres en la industria alimentaria y en la distribución comercial. Aunque estos ámbitos presentan mayores tasas de empleo femenino que el sector primario, persisten fenómenos como la segregación ocupacional y el techo de cristal. Las mujeres están sobrerrepresentadas en determinados puestos técnicos y administrativos, pero infrarrepresentadas en cargos directivos y de toma de decisiones estratégicas. El capítulo subraya que avanzar hacia una mayor igualdad en estos segmentos no solo es una cuestión de equidad, sino también de competitividad y capacidad de innovación de las empresas del sector.

Una aportación especialmente relevante del monográfico es el capítulo dedicado al consumo y la alimentación desde una perspectiva de género. Se analiza el papel central de las mujeres en las decisiones de compra, en la planificación de la dieta y en la preparación de los alimentos, así como su influencia en la transmisión de hábitos alimentarios saludables. El texto pone en valor este trabajo, generalmente no remunerado, y lo conecta con cuestiones de salud pública, educación nutricional y bienestar social.

Asimismo, se abordan diferencias de género en los patrones de consumo y en las necesidades nutricionales a lo largo del ciclo vital.

El monográfico se adentra también en el ámbito doméstico para analizar el trabajo relacionado con la alimentación como parte esencial —aunque invisibilizada— de la cadena alimentaria. La cocina, la organización de las comidas y la gestión del tiempo alimentario aparecen como tareas feminizadas que sostienen el funcionamiento del sistema en su conjunto. Este capítulo invita a repensar la cadena alimentaria más allá de los mercados y las empresas, incorporando el hogar como un espacio clave donde se producen decisiones económicas, sociales y culturales fundamentales.

Una presencia transversal, pero desigual

Uno de los principales mensajes que recorre el monográfico es que las mujeres están presentes en todas las fases de la cadena alimentaria, aunque no siempre en condiciones de igualdad. En la agricultura y la ganadería, su participación continúa siendo inferior en términos de titularidad de explotaciones y acceso a recursos productivos, a pesar de que su contribución laboral y su papel en la diversificación de actividades rurales resultan esenciales. En la industria alimentaria y la distribución comercial, la presencia femenina es cuantitativamente mayor, pero sigue concentrándose en determinados puestos y niveles jerárquicos, con dificultades persistentes para acceder a posiciones de liderazgo y toma de decisiones.

El análisis pone de manifiesto que estas desigualdades no son coyunturales, sino estructurales, y responden a factores históricos, institucionales y culturales que han condicionado el acceso de las mujeres al empleo formal, a la propiedad y al reconocimiento profesional dentro del sistema alimentario.

Barreras y oportunidades

El monográfico identifica un conjunto de barreras estructurales que siguen limitando la igualdad de género en la cadena alimentaria: dificultades de acceso a la tierra y al crédito, menor participación en órganos de gobierno de cooperativas y empresas, brechas salariales, conciliación desigual entre vida laboral y familiar y estereotipos de género arraigados. Estas barreras afectan de forma especial a las mujeres del medio rural, donde la falta de servicios y oportunidades amplifica las desigualdades existentes.

Al mismo tiempo, la publicación destaca oportunidades de transformación. La creciente atención a la sostenibilidad, la innovación social, los sistemas alimentarios locales y la economía circular abre espacios donde las mujeres están asumiendo un papel cada vez más activo como emprendedoras, gestoras, técnicas y agentes de cambio.

En conclusión, se nos ofrece una visión amplia de un tema clave para el presente y el futuro del sistema alimentario. El mensaje final es claro: avanzar hacia cadenas alimentarias más sostenibles, resilientes y justas exige reconocer plenamente el papel de las mujeres y eliminar las desigualdades que aún persisten.

Lograrlo requiere un enfoque integral que combine políticas públicas sensibles al género, cambios en las prácticas empresariales, fortalecimiento del liderazgo femenino y una transformación cultural que valore de forma equitativa todas las contribuciones al sistema alimentario. Solo así será posible construir un modelo alimentario verdaderamente inclusivo, capaz de responder a los grandes retos económicos, sociales y ambientales del siglo XXI.

TOMÁS GARCÍA AZCÁRATE

Vicedirector del IEGD-CSIC e investigador asociado del CEIGRAM

tomasgarciaazcarate@gmail.com